noce con el nombre de *todo París*. Tendrá que ser un hombre algo gastado, bastante vanidoso, sin ninguna sensibilidad intelectual y dotado de un excelente estómago y de muy poco corazón. Constituído de este modo, tendrá muchas probabilidades de pasearse en el sillón resplandeciente de esa joven diosa, sin que por ello tenga mucho que sufrir. Es, y de ello se habrá podido dar exactísima cuenta, todo lo contrario de lo que es usted. Mi apreciación es exacta, y mi diagnóstico seguro. ¿Cuánto tiempo hace que la señorita Prévinquieres se ofrece?

—¡Se ofrece!—exclamó Raynaud haciendo un ademán de protesta.

—Perdóneme usted. Es una expresión de Bolsa. Valor que se ofrece, es decir, que no encuentra comprador. Es muy cierto que habría podido preguntarle: ¿Cuánto tiempo hace que está en el escaparate?

—Ralph, ¿se vuelve usted loco? Habla usted con una desconsideración...

—Amigo mío, le ruego que sea indulgente con un extranjero que se expresa mal en este endiablado idioma, cuando trata de manifestar el fondo de su pensamiento, y contésteme, porque es de gran importancia. ¿Qué edad tiene la señorita Rosa Prévinquieres?

—Veintitrés años.

—Bien. Ha debido de rechazar muchos partidos. Las jóvenes francesas pueden casarse á los

diez y ocho años, de modo que hace cinco que los aficionados desfilan por delante de la vitrina...

—¡Otra vez!

—Sí, me gusta la imagen. Me recuerda esas lindas figuras de cera que, vistiendo el traje de las desposadas y ostentando el velo de encaje, llaman la atención de los paseantes desde los escaparates de los peluqueros. La señorita Prévinquieres con su gracia, su sonrisa y un ramo de flores de azahar, está expuesta á las miradas desde hace cinco años, lo mismo que las esculturas en los salones de peinar. Sonríen esperando que un imbécil entre en la tienda. Raynaud, amigo mío, no pase usted más por allí; márchese y tome el vapor con su amigo Ralph. Váyase á Pittsburgo á trabajar, si eso le distrae, ó á pasearse si lo prefiere, pero no piense más en la señorita Rosa Prévinquieres, y déjela entregada á sus ambiciones de conquistadora. El cielo ha velado por usted al sustraerle de sus encantos. Déle gracias y vámonos pronto. Es lo más prudente.

—Prudencia que no exigirá grandes esfuerzos, pues no es más que sencilla resignación. Como ya le he dicho, dadas nuestras costumbres mundanas, sería imposible que Rosa Prévinquieres aceptase por esposo á Valentín Raynaud. Para que tal prodigio se realizase sería preciso que se produjesen cataclismos imposibles de prever. Imagínese, por ejemplo, una ruina total, redu-

ciendo á Prévinquieres á la miseria, ó una revolución que viniera á alterar todas las clases sociales. Esas cosas se veían hace cien años. Hijas de nobles linajudos se casaban con hombres que salían de la nada, y que la potencia de los cañones convertían en mariscales y príncipes. Un oficialillo corso tuvo por pages á los Larochefoucauld y á los Montmorency, que le sostenían el estribo cuando montaba á caballo. Fué una especie de cuento de hadas que, como todos los sueños magníficos, se desvaneció bruscamente. Los Valentín Raynaud se casan con las Rosa Prévinquieres, cuando los hijos de un posadero se convierten en reyes de Nápoles. Quiero decirle que esto no sucede todos los días.

—Mi querido amigo—replicó el americano—; todo cuanto está usted diciendo es ininteligible para mí. No me puede caber en la cabeza que un hombre valga más que otro, si los dos tienen la misma energía y la misma inteligencia, y no comprendo que existan mujeres de esencia superior que nieguen su mano á uno que trabaja y que les asegura una posición semejante á la que hasta entonces han ocupado. Yo sé muy bien que en mi mismo país se encuentran ya jóvenes que se casan con descendientes de familias ilustres de Europa, á los cuales, y á cambio de sus títulos, entregan una fortuna. Gracias á Dios, esta moda es todavía muy rara, y la gangrena de las pretensiones aristocráticas no se ha apo-

derado aún de la masa del pueblo. Es un producto de importación que será preciso tasar como los otros, y más caro todavía que los demás, pues amenaza á lo que hay de más precioso en un pueblo: el espíritu de igualdad.

—Sí, amigo mío; usted pertenece á un país nuevo que no ha sufrido la lenta transformación de las ideas durante siglos y siglos, y que no vive ni se forma, teniendo por base una instrucción esencialmente aristocrática. Nuestros prejuicios datan de la civilización romana, y han sido transmitidos, arraigados y fortificados por una cultura religiosa y monárquica. Los latinos tenemos la jerarquía en la sangre y no hemos podido desprendernos de ella en un siglo ni á costa de cuatro revoluciones. Estamos tan perfectamente intoxicados, que á medida que las clases se revolucionan, la desigualdad se reconstituye. A la aristocracia de nacimiento opusimos la plutocracia; ahora nos esforzamos en oponer á la supremacía financiera la superioridad intelectual; y ¿sabe usted lo que sucede? Pues que la superioridad intelectual solo tiende á adquirir la fortuna, y una vez esa fortuna adquirida se constituye en aristocracia, restableciendo la diferencia de castas en provecho propio. De manera que siempre estamos empezando, y que este pueblo, al que se trata de inculcar principios de igualdad, solo hace esfuerzos para quebrantarla y restablecer la aristocracia, ora

bajo una forma, ora bajo otra, pero siempre desdeñosa y opresiva. Somos anti-igualitarios hasta la medula de los huesos, y creo que sería preciso destruir la raza para arrancarle su amor á las distinciones, á las castas y á las jerarquías. Es un fenómeno curiosísimo para estudiarlo de cerca. Es preciso ver el desprecio que el notario siente por el procurador, y el que el procurador siente por el alguacil. Un agente de cambio no dará nunca su hija en matrimonio al hijo de un negociante en vinos, y en un salón, á un comerciante en telas no lo saludarán las mujeres que se surten en su casa. ¿Porqué? ¿No es honrado, instruído, bien educado, y hasta si se quiere artista? No importa: hay castas, grados y distancias. No se familiarizarán más que entre sí, y la jerarquía se manifiesta en todo lugar y en toda circunstancia. Usted debe de conocer la admirable frase de la esposa de un presidente del Consejo, muy radical, nacido y criado en el seno de una familia de republicanos: «Nosotros somos la nobleza republicana.» Habían bastado dos generaciones de hombres que se repartiesen el poder para constituir una aristocracia dentro de la democracia misma. ¿Qué se puede esperar, desde el punto de vista igualitario, de un pueblo que tiene tan arraigadas las ideas aristocráticas?

—Nada absolutamente—dijo Ralph.—Por eso los colectivistas franceses me hacen reir.

—Todos son lo mismo. Piden el reparto para

provecho propio, pero no se puede dudar de que el siguiente día de establecida la comunidad se constituirían en castas y ejercerían la tiranía.

—Nadie se ha atrevido á ponerlo en duda... y sería la tiranía más pesada la de los sayones.

La criada de Valentín, anunciando que el almuerzo estaba servido, interrumpió la conversación. Ralph se apoyó en el brazo de su amigo, y por el jardín, lleno de flores, se dirigieron al pabellón.

En el suntuoso comedor, y en compañía de su mujer, de su hija y del barón de Duburle, Prévinquieres acababa de almorzar. Los tres criados encargados del servicio hacían desfilar los postres ante los comensales. La señora Prévinquieres, mujer de unos cuarenta años, muy bien conservada y muy elegante, hablaba con el Barón y con su hija sin hacer el menor caso de su esposo que, mal humorado, apenas había dicho una palabra.

—Barón, ¿conoce usted al americano de Raynaud?—preguntó la señora Prévinquieres.

—Le conozco como se conoce á mucha gente; pero no tengo relaciones personales con él.

—¿Es tan rico como dicen?

—Probablemente exagerarán algo; sin embargo, sé que posee una gran fortuna.

—Está entusiasmado con Raynaud.

—Parece ser que el director de la fábrica le ha prestado un gran servicio desde el punto de vista industrial, y como esos *yankees* son gente esencialmente práctica, Ralph Evans se ha interesado por el que le era útil y se ha propuesto serle útil también.

—Pero ¿qué servicio le ha prestado y cómo ha podido prestárselo?

—Prévinquieres podrá contestar á esa pregunta mucho mejor que yo.

Prévinquieres frunció el entrecejo al oir la alusión, y bajando la cabeza dió un sorbo al café y se hizo el distraído. Pero como la curiosidad de su mujer no se dió por satisfecha, tuvo que contestar.

—De todo tengo la culpa yo—dijo.—Si no hubiese hecho la tontería de exponer en Chicago, nada de lo que sucede hubiera sucedido. Evans no hubiera visto mis máquinas y no habría podido pedirme las noticias que le pusieron en relaciones con Valentín. ¿Saben ustedes por lo que me ha salido la exposición de Chicago? Pues por una medalla de honor, que no me hacía ninguna falta, por sesenta mil francos de gastos de transporte y de instalación y por la marcha de Raynaud.

—No puedo creer que el conocimiento con Evans sea la causa que ha decidido la salida del director. En este asunto hay algo más que ustedes callan...

Prévinquieres golpeó la mesa con el mango de su cuchillo, y con marcado descontento añadió:

—Claro está que hay algo más; pero les agradeceré mucho que no me hablen de semejante cuestión.

Estas palabras produjeron el efecto de una ducha de agua fría. El Barón y la señora Prévinquieres se miraron con asombro, pero Rosa, sonriendo maliciosamente, dijo:

—Por mi parte, tengo grandes deseos de conocer á ese americano. En mi imaginación toma proporciones verdaderamente extraordinarias; el hombre que viene á robarnos á Valentín, pues no hay que hacerse ilusiones, es un robo en toda regla, se me figura una especie de gigante, un Polifemo. ¿Tiene dos ojos?

—Sí, y muy penetrantes—dijo el Barón.—Pero tranquilízate hija mía, no es un fenómeno. Anda como todo el mundo, y ayer noche, cuando subimos juntos al coche que debía conducirnos á la estación, se condujo conmigo con exquisita amabilidad. Sé también que es hombre ducho en todos los deportes, buen jinete, gran cazador...

—Pues bien, si se queda algunos días le haremos tirar á los faisanes. ¿Es joven ó viejo?

—Chiquilla, me parece que te pones en guardia.

—Se equivoca usted, padrino, de medio á medio. ¡Un americano! ¿Qué iba yo á hacer con él? La doma de un marido salvaje no es cosa que entre en mis ideas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—De una vez y para siempre—murmuró Prévinquieres—, quisiera saber lo que entra en tus ideas, pues me parece que ni tú misma lo sabes.

—Pues mira, voy á exponerte mi programa—dijo Rosa riendo.—Se podrá imprimir y pegaremos un ejemplar á la puerta del salón, como se hace en los concursos. Quiero un hombre muy rico, muy elegante, muy amable y muy bien educado. Mira, algo parecido á como era mi padrino... hace algunos años.

Una sonrisa se dibujó en los labios del barón de Duburle. Movió la cabeza, se fijó atentamente en Rosa y en la señora Prévinquieres, y después dijo con dulzura:

—Hija mía, los hombres como tu padrino no se casan casi nunca.

—¿Porqué?—preguntó con atrevimiento la joven.

—¡Diantre! Porque encuentran demasiadas facilidades para no casarse—murmuró Prévinquieres.—¿Acaso crees que un muchacho encantador, brillante y buscado, como era Duburle hace veinticinco años, había de ser tan imbécil que se pusiese un dogal al cuello? Ahora que es un señor viejo y que tiene reuma se amolda á la vida de familia; pero en otro tiempo no se le hubiera podido sujetar. Sería digna de compasión la mujer que se hubiese casado con él.

—¡Hum, hum!—dijo el Barón entre alarmado y satisfecho.—Amigo mío, no sé para qué cuenta usted semejantes cosas á su hija. Debe usted proponerse que me falte al respeto.

—Padrino, con respecto á usted nunca me he hecho ilusiones. Basta verle para comprender lo que ha debido usted ser, y esto precisamente es lo que me encanta. ¿Me quiere usted, padrino? Si es así nos casamos mañana.

—Eres tonta hija mía—dijo el Barón sonriendo.—Pero con todo, temo que cuanto acabas de decir sea consecuencia de ideas que consideraría muy peligrosas. Dime, ¿no te repugnaría casarte con un hombre ya maduro, aun cuando reuniese el conjunto de cualidades que has enumerado hace un momento?

—¿Qué es lo que llama usted un hombre maduro?

—Pues un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años...

—Treinta y seis—dijo Rosa burlonamente.—Pues bien, no me daría el menor cuidado. Los jóvenes, si quiere usted que se lo diga francamente, no me inspiran confianza.

—Rosa—exclamó Prévinquieres.—Entre un joven que empieza á vivir y un hombre que acaba hay una diferencia enorme.

—Y esta diferencia abarca el egoísmo, la ligereza, la inconstancia y la nulidad, que son los distintivos de los jóvenes que más brillan en nuestro mundo. Ahí está mi hermano...

Ese «ahí está mi hermano» fué terrible, y pa-

reció que una repentina tempestad se desencadenaba en todos los espíritus. Prévinquieres sintió un estremecimiento y se puso como la grana. Su esposa palideció y se mordió los labios, y en cuanto á Duburle, ensayó un ligero silbido cuyo significado no podía ser más desaprobativo.

—Tu hermano, tu hermano—balbució Prévinquieres, fijando en su hija una mirada terrible.—No has podido escoger mejor ejemplo; tu hermano es el mayor imbécil de su generación.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?—exclamó Rosa fingiendo admirablemente gran confusión.—¡Pobre *Ojazos!*

—*¡Ojazos!*—repitió el padre con acento que revelaba sorda irritación.—¿También tú conoces el apodo que le han colgado?

—Papá, es cosa que la sabe todo el mundo. Por lo demás, está suficientemente justificado, porque podrás pensar de Mauricio cuanto quieras, pero no negarás que es todo un buen mozo.

La señora Prévinquieres fijó en su hija una cariñosa mirada, en la que iba envuelta su aprobación; pero Prévinquieres no se dió por vencido.

—Con esto ya tiene mucho adelantado. ¿No le valdría más tener sentido común? Seguramente. Es una muestra brillantísima de la juventud de hoy. Hija mía, ante semejante ejemplo no tenemos más que inclinar la cabeza y darte la razón, y antes que unir una existencia á la de semejante tarambana, comprendo que existan mujeres que prefieran quedarse solteras.

—Yo no llevo el pesimismo hasta ese extremo —dijo Rosa con tranquilidad—; pero solo me decidiré después de haber reflexionado mucho.

Levantáronse de la mesa para pasar á un salón en donde Prévinquieres, su mujer y Duburle, no tardaron en quedarse solos. Rosa, cruzando la terraza, á la que daba una puerta-ventana, recorría el jardín bajo la aureola de su sombrilla blanca, cogiendo flores para hacer un ramo.

—¿La han oído ustedes?—dijo Prévinquieres dirigiéndose á su mujer y á su amigo.—Pues bien, con semejantes ideas, calculen la acogida que habría dispensado á Valentín Raynaud.

—¡Cómo! A su director...

—Esta mañana he empleado todos los recursos para hacerle hablar, y no ha tenido más remedio que decirme la verdad. Quiere á Rosa, pero como tiene tan buen sentido como modestia, se da perfecta cuenta de que ella no le hará caso y se va.

—He ahí la clave del enigma—exclamó la señora Prévinquieres.—Ya me decía yo que en este asunto había algo oculto. La determinación de este muchacho me parecía inexplicable, y mucho más teniendo en cuenta lo muy bueno que has sido para él.

—Alto ahí—dijo Prévinquieres con vivacidad. —El ha hecho por nosotros tanto como nosotros

hemos hecho por él, y si á esto se añaden los servicios prestados por su padre, somos nosotros los que estamos en deuda. Ese muchacho es una perla. Váyanse al diablo las ideas aristocráticas de mi hija. Nunca podré encontrar yerno que me satisfaga más.

—Pero, ¿qué estás diciendo?—exclamó con asombro la señora Prévinquieres.—¿Valentín Raynaud un yerno para ti? ¿Ese obrero? Pierdes el juicio.

—No, no pierdo el juicio, y ojalá Dios, tú y tu hija no estuviéseis trastornadas por ideas que no reposan sobre base alguna, porque al fin y al cabo yo me llamo sencillamente Prévinquieres y soy un vendedor de maquinaria agrícola. ¿Porqué enorgullecerse?

—No te esfuerces para aparecer vulgar—dijo la señora Prévinquieres un tanto amostazada.

—No, si yo no quiero aparecer nada. Soy un industrial muy rico, y eso es todo. El yerno que más me convendría sería un trabajador como yo. Lo tengo al alcance de la mano, y para colmo de mala suerte mi hija no lo quiere, no lo querrá.

—¿Se lo vas á proponer?

—No; de ningún modo quiero hacer sufrir á ese honrado muchacho procurándole una humillación. Desde el momento que nuestra hija no ha sospechado los sentimientos de Valentín, y nos ha dicho lo que hace un rato habéis oído, nada tengo que hacer. Dejaré que Raynaud se

marche, cosa que desquiciará completamente mis negocios, y asistiré al matrimonio de mi hija no sé con quién. He hecho abdicación de toda mi autoridad, y me lavo las manos de las locuras que se van á cometer delante de mí.

—Para juzgarlas de semejante modo, espera que se cometan. Tú no puedes adivinar lo que hará tu hija.

—Sin duda será una tontería, y más si lo hace con tu colaboración.

—¡Vaya una gracia! Así se comprende la poca influencia que tienes sobre tus hijos. Tal vez te figuras que no se dan cuenta de que tu carácter agrio oculta una gran debilidad. Para imponer la propia voluntad á las gentes no es necesario más que persuadirlas, y eso es lo que tú no has sabido hacer nunca.

—Sí, todo el mundo sabe que tú y tus hijos sois unas pobres víctimas—replicó furiosamente Prévinquieres.—No hacéis ningún esfuerzo para disimular lo poco que me consideráis, y por lo único que tenéis verdadera estima es por mi caja. Si tuviese sentido común os reduciría á una renta mezquina para que adquiriéseis un poco de sentido de la vida. Tú y tus hijos os hacéis muchas ilusiones con respecto á la posición que ocupáis en el mundo. Os atraen, os miman y os agasajan. ¿Sabéis porqué? Vosotras os figuráis que es por vuestras gracias personales y por vuestras cualidades. Es un gran

error. Todo eso lo debéis á la cantidad de dinero que pongo á vuestra disposición. Dejad de recibir, de dar de comer, de bailar y de llevar gran lujo, y al día siguiente nadie querrá conoceros. Vosotras creéis que os prodigan sonrisas porque sois exquisitas, encantadoras y deliciosas, cuando es porque en vuestra casa se divierten y se come bien, y todas esas relaciones artificiales, todo convención y reciprocidad, forman la base de vuestra existencia. Hace un momento he oído decir á mi hija que únicamente se casaría con un hombre muy rico, muy elegante y muy bien educado. Con tal que reuna estas condiciones, importa poco que sea un estúpido. Respecto á este punto puede estar tranquila; si se casa con ella lo será.

—Vamos, Prévinquieres, no se excite usted, y no corra más que sus pensamientos—, dijo el barón Duburle interrumpiéndole en tono conciliador.—Está usted de mal humor porque Raynaud se marcha, y la cosa no puede ser más natural. Pero no por esto haga responsable á su familia de semejantes contrariedades. Su esposa es una perfecta mujer de su casa.

—Ya me figuro que no será usted quien me hable mal de mi familia—replicó Prévinquieres.—Todo cuanto dice usted aquí tiene fuerza de ley, y hace veinte años que dura esto... Pero yo no tengo las mismas razones que usted para admirar lo que sucede en mi casa. Mi mujer ha

educado á sus hijos contra el sentido común, y yo soy quien recoge los frutos de esa hermosa educación. Mi hijo es un petimetre imbécil, y mi hija está en camino de estropear su porvenir por tontería y *snobismo*. ¿Cree usted que voy demasiado lejos? No, lo que sucede es que me apuro demasiado tarde. Si hace diez años hubiese puesto las cosas en orden, no estaríamos como estamos.

—Cualquiera que te oyese se figuraría que amenazan nuestra casa grandes cataclismos—, dijo la señora Prévinquieres.—Todo esto viene de que á Valentín Raynaud se le ha metido en la cabeza querer á tu hija. De todos modos debo advertirte que Rosa no se casará sin tu consentimiento. Si el marido que elija no es de tu gusto, con decir que no, evitarás que las cosas sigan adelante.

—Y entonces será preciso sufrir vuestras recriminaciones y vuestras quejas. Porque á mí no me cabe la menor duda de que estáis de acuerdo. No, no esperéis que emprenda la tarea de haceros entrar, á una y á otra, por el camino derecho. Estoy cansado de ser el único que tiene sentido común en la casa. Haréis lo que os dé la gana, y yo no intervendré más que para decir *amén*. Como ya he dicho, me lavo las manos con anticipación. Lo único que haré será pagar según costumbre. No os convenceréis de que yo soy quien tiene razón hasta que os veáis preci-

sadas á pedirme socorro y á rogarme que arregle los asuntos y los ponga en orden. Y como quiera que todas esas discusiones me atormentan, me ponen nervioso, no me dejan digerir, y estoy cansado de sostenerlas, os dejo hablar si eso os distrae, y buenas tardes.

Lívido, con el paso agitado y las manos temblorosas, Prévinquieres salió del salón cerrando con violencia la puerta, y fué á encerrarse en su gabinete. La señora Prévinquieres y Duburle se miraron sin decir palabra. Un rato después el Barón dijo con acento que demostraba su descontento:

—Mi querida amiga, hace usted mal tratándole como le trata. Es tan bueno y tan indulgente, que no tiene usted perdón de Dios si no alcanza de él cuanto se le antoje.

—Tiene usted mucha razón; pero cuando se trata de la boda de Rosa no me puedo dominar. Es asunto que me preocupa tanto...

—Vamos; una joven tan bonita como ella y que tiene un millón de dote, no se queda nunca para vestir imágenes.

—Pero es preciso que no la quieran por su fortuna.

—Ya ha oído usted que solo se casará con un hombre muy rico.

—No tiene pelo de tonta, pero cuando se trata de elegir marido la reflexión no es el todo; es preciso que el corazón tome también la parte

que le corresponde. Casarse sin amor es tan triste...

La señora Prévinquieres, entristecida y suspirante, fijando una mirada en su antiguo amigo, todavía esbelto, murmuró:

—Para mí sería causa de gran desolación si más tarde mi hija se viese obligada á hacerse las reflexiones que yo me hago. Además, ¿quién sabe si ella tendría la suerte de encontrar las compensaciones que la vida me ha sabido ofrecer?

Y levantándose, bajaron lentamente al parque, en donde Rosa estaba todavía cogiendo flores...

II

Es muy cierto que Prévinquieres, cuando se quejaba amargamente de la educación de sus hijos, no exageraba nada.

Educados en su propia casa, lo habían sido, sin embargo, de un modo totalmente opuesto á las ideas y principios de su padre. No se puede negar que de veinticinco años á esta parte se ha producido una modificación profunda en los espíritus, y que entre los hijos y los padres existe